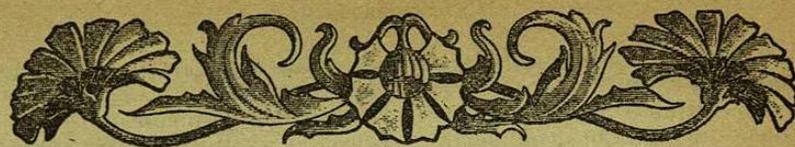


PQ 7297
.M 3854
C4 723



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



MEMORIAS DE UN GUERRILLERO

PRIMERA PARTE

LA REFORMA

CAPITULO PRIMERO

EL ULTIMO DIA

I

La mañana del 13 de agosto del año de gracia de 1855, se despertaba la nobilísima ciudad de México, con la sensacional noticia de que Su Alteza Serenísima, el Excmo. Sr. General Antonio López de Santa Ana Pérez de Lebrón, Presidente de la República, Comendador de la Orden de Guadalupe y Gran Cruz de Carlos III, se había escapado furtivamente, tomando pasaje a bordo del paquete inglés y a toda máquina había salido de Veracruz embarcándose por la Antigua, rumbo a Saint Thomas, para ir a esconder su vergüenza y su derrota a su ya preparada estancia de Turbaco.

Hacia un año, que el dictador había visto levantarse la bandera revolucionaria en las montañas surianas y propagarse el fuego por todos los puntos de la República.

En vano libraba combates sangrientos, perpetraba asesinatos en masa y verificaba espantosas ejecuciones; el movimiento avanzaba; augurábase una catástrofe.

El dictador tomó en persona el mando del ejército y se dirigió animoso sobre Acapulco, donde estaba el grueso de la rebelión, acaudillada por el viejo patriota General Juan Alvarez, uno de los padres de la Independencia mexicana.

La temperatura de fuego de esas regiones, las terribles enfermedades y los relances de combates diarios dieron al traste con aquel ejército, que ya en cuadro, tuvo que retirarse a la capital, donde entró como una procesión de sangre, teniendo que confesar el dictador su derrota.

Sin recursos pecuniarios, sin concepto para alzar un empréstito, sin prestigio social y sobre la candente lava de la revolución que le abrasaba, emprendió la fuga, dejando com-

prometidos a los hombres de la política y de las armas, sin haberles comunicado su resolución.

Los ministros que supieron la partida, callaron por tres días, sin ponerse de acuerdo y sin saber cómo dar una solución a una crisis tan comprometida y desesperada.

La noticia circuló al fin, los miembros del gabinete y los altos dignatarios y todos los comprometidos en la dictadura se ocultaron, temiendo el desbordamiento popular, y dejaron solo al jefe de la Plaza, para que entregase el poder al primero que se presentara.

II

Como descienden los torrentes de lo alto de las montañas para encauzarse en las planicies, el pueblo entró desbordado en la plaza de armas y calles adyacentes. Se habían fijado en las esquinas unos cartelones, convocando al pueblo para las tres de la tarde en la Alameda, que en México era como la plaza de la revolución.

Los hombres del partido liberal se habían reunido para hacerse cargo de la situación.

Se celebraban juntas revolucionarias en las casas de los hombres más notables y de los liberales más exaltados, Zarco, Ramírez, Mejía y del Río.

El licenciado Mariscal, hoy ministro de Relaciones, con anterioridad conspiraba, y a las juntas asistían Goytia, Zabala, Covarrubias y otros muchos, cuyas reuniones tenían lugar en la casa de Luis Picazo, soldado de medio siglo en los combates todos por la libertad.

Pero como había en la capital un cuerpo de ejército todavía fiel al general Santa Ana, se creía conveniente esperar la aproximación de las fuerzas vencedoras, antes que provocar una inútil matanza. Esto pensaban los hombres serios, pero la juventud tomó otra determinación arrojando el todo por el todo.

En la calle del Coliseo Viejo, hoy la segunda Avenida suntuosa de la capital, existía un antiguo café llamado «El Infiernito». Allí, bajo la presidencia de Ignacio Ramírez, el Nigromante, estaban reunidos en numeroso grupo, los estudiantes de Derecho y otra multitud de jóvenes.

— Es necesario apoderarnos de la situación— dijo el Nigromante, rebotando de entusiasmo—: éste es el momento; si este ejército recobra la moral, se enciende la guerra; no, no le ha de faltar un jefe y el triunfo se aplaza.

— ¡A la revolución! ¡A la revolución!— gritaron todos— El pueblo es nuestro y ésta es la hora.

— Yo voy por delante— gritó un joven alto, apuesto, de cabellera tirada para atrás, como Mirabeau, blanco, con los ojos claros, centelleantes, y una voz resuelta de tribuno.

— ¡Viva Manuel!— gritaron los estudiantes, y lo sacaron en peso fuera del café.

— ¡Viva la libertad!— respondió el joven, y seguido de una multitud llegaron a la Alameda, donde se agolpaba un gran gentío, y donde los estudiantes de Medicina los recibieron con un grande aplauso.

III

En el mismo lugar donde hoy se alza el gracioso Pabellón Morisco, donde México ostentó sus productos en la Exposición de Nueva Orleans, se levantaba un edificio de madera, muy bien construido por aquel infatigable anciano, Sebastián Panne, que ha dejado escrito con blanca espuma su nombre en las linfas puras de las albercas.

Allí era un lugar de sombra y de frescura, donde acudía la juventud elegante las tardes calurosas.

Llegó Manuel seguido de los estudiantes, y sacando una mesa a la glorieta principal de la Alameda, subió y leyó con voz potente el Plan de Ayutla. Comenzaron a recoger firmas de adhesión al plan revolucionario.

Pero aquella tarea era imposible. Recoger miles de firmas en unas cuantas horas era una empresa que no podía llevarse a cabo.

En tanto, el ímpetu popular se desbordaba, la gritería era espantosa y todos esperaban una voz de mando para lanzarse a lo desconocido.

— ¡A palacio!— gritó Manuel, parado sobre la mesa— ¡Viva el plan de Ayutla! ¡Viva el General Alvarez!

Una tormenta de gritos y de aplausos contestó a la voz del joven, y aquellas multitudes, ebrias ya de entusiasmo, se arrojaron en la avenida de San Francisco en dirección a palacio, sin cesar la gritería de «mueras» al dictador y «vivas» a la libertad.

La tropa estaba acuartelada y los soldados furiosos. Aquel paso era una temeridad inconcebible.

Pero los batallones, puestos en diferentes puntos de la ciudad, no podían comunicarse, y esperaban aislados el resultado de la revolución.

El comercio, azorado y temiendo un saqueo, aferraba sus tiendas.

Los balcones de las casas de la avenida estaban cerrados, nadie se atrevía a asomarse, la ciudad estaba llena de espanto ante aquella manifestación tan estruendosa y tan terrible.

Aquella sirle rugiente, llegó por fin a la Plaza de Armas. El comandante militar vió desde las ventanas de la Comandancia venir el torrente y se desmoralizó.

No había entonces jardín, la plaza ostentaba toda su grandeza. Aquel grande espacio se cubrió con aquella multitud que hormigueaba.

Era un mar en que las cabezas semejaban a las múltiples olas del Océano, agitadas por el viento de la revolución.

Repentinamente se dejó oír un toque descompasado en todas las campanas de la Catedral, que se extendía como una tormenta sobre el cielo de la ciudad.

Aquellas gigantes vibraciones enloquecían aquellos cerebros ya conturbados por el aliento del desorden.

El General Díaz de la Vega salió del palacio, rodeado de su Estado Mayor, y se paró en el Zócalo para recibir a la comisión del pueblo, formada de Zarco, Moncada y Escalante.

El General estaba intensamente pálido y conmovido. No llevaba espada, se presentaba desarmado para no despertar la ira de las multitudes.

Llegó la comisión empujada por aquel tumulto.

Manuel se adelantó y dijo con voz alta y clara: «Queremos que se nos entregue el gobierno».

— Señores—contestó el general—, el Gobierno, así como la nación entera, le pertenece de derecho al pueblo; espero una indicación para resignar el mando.

Aquella contestación tan humilde provocó un gran aplauso.

Manuel, entonces, dirigiéndose a la multitud, gritó: Sólo para conservar el orden y mientras dispone el General Alvarez, quién se ha de hacer cargo de la ciudad, queda el general Díaz de la Vega en el gobierno, con autorización del pueblo.

— ¡Bravo!... ¡Bravo!—exclamó la multitud.

El General tornó a decir: «Estoy a las órdenes del señor General Alvarez y del pueblo victorioso».

Seguido de su Estado Mayor volvió a entrar en el palacio.

IV

Todo el rencor comprimido en el seno de aquel pueblo tiranizado durante tres años por una soldadesca desenfrenada y por unos hombres sin conciencia, hizo explosión en aquellos momentos.

El recuerdo de tantas vejaciones, de los «bancos de palos» en los cuarteles, de los hombres presos aún en las cárceles, de aquel pueblo escarnecido y asesinado, se despertó como una fiera en el alma de aquella masa humana, y se lanzó desesperada en pos de una venganza.

Dirigióse primero a las prisiones y sacó a los presos políticos.

Después se bifurcó, se esparció en torrentes por todas partes; quería matar, aniquilar, saciar su rabia, reivindicar su fuerza y dar una lección a los tiranos.

Una multitud invadió la calle de la Cadena. En la casa, hoy de propiedad del General Francisco Vélez, estaba situada la imprenta de «El Universal», periódico infame que había sido el eco de oprobiosa tiranía, dirigido por Rafael Rafael.

En un momento se oyó el crujir de las prensas despeda-

zadas y la lluvia de letras que caían como un fuerte aguacero sobre las piedras. Los papeles se incendiaban y volaban las cenizas, las cajas de la imprenta volaban en pedazos... todo había concluido en medio de una espantosa algazara de gritos y silbidos.

Torció aquel torrente por la calle del colegio de niñas y se lanzó sobre la casa de Lizardi, hoy de los Bustillo. Los célebres «bonos», ruina del Tesoro nacional, se esparcieron por el viento y regaron aquella calle. La casa fué desastrosamente saqueada.

La policía se había eclipsado; no hubiera podido contener al torrente salido de madre.

La multitud continuó su marcha una vez terminada aquella tarea de destrucción, y se dirigió a la calle de Vergara.

En una casa que ha desaparecido para dar paso a la gran avenida del 5 de Mayo, vivía la señora Dolores Tosta, esposa del dictador.

Inútil es decir que la señora había desaparecido.

La multitud invadió la casa.

Se abrieron los balcones y comenzaron a caer los espejos venecianos, los ajuares de brocatel, las mesas de mármol, los bronce y cuanto encontraba aquella gente, que no quería robar, ni aun siquiera se le ocurría; ansiaba solamente vengarse.

Ya era de noche; los faroles estaban sin encender, y la ciudad se envolvía en sombras espesas; nada se veía, sino una masa confusa de donde partían rugidos de furor.

De cuando en cuando se escuchaban los dulces sonos de una flauta, tocada por un ciego que se mezclaba en el mar revuelto de aquella asonada.

V

Se dejó oír la voz de Manuel, a quien no dejaban los estudiantes:

— ¡Ahora, a la casa del ministro de Relaciones!

— ¡Muera el ministro!—gritaron todos a una voz, y convergiendo a la derecha, llegaron a la esquina de San José Real y a la casa de propiedad hoy de la familia Pliego. Allí vivía Díez de Bonilla.

Los estudiantes asaltaron la casa y entre risas y gritos tiraron a la calle el retrato del ministro, que fué recibido con una silba.

Rompieron los vidrios de las bibliotecas, y los libros cayeron desde los balcones en una gran hacinación.

Los estudiantes les prendieron fuego y se alzó la llamara que daba sus reflejos sobre aquellos semblantes descompuestos, que tenían un visaje espantoso.

La hoguera se atizaba más y más con el combustible de papeles.

Oyóse una gritería terrible.

Los estudiantes llevaban en peso un piano de cola y colocándolo en el barandal del balcón, lo empujaron a toda fuerza, y el piano cayó haciendo un horrible estruendo.

— ¡Al fuego! ¡Al fuego!— gritaron, y el piano pasó a la hoguera, que ya era un incendio.

Después vinieron abajo todos los muebles y las vajillas, cuyo sonido argentino se oía entre las piedras, de donde salían chispas al quebrarse la porcelana.

Por último, las alfombras fueron arrancadas y flotaban en harapos prendidos de los barandales.

Ya nada quedaba de aquella suntuosa casa.

Si; quedaban los carruajes.

Los estudiantes les prendieron fuego y comenzaron a pasearlos por las calles sin temor a las llamas.

Los caballos escaparon de las caballerizas y corrían al son de los silbidos, más furiosos que los del Apocalipsis.

Siguió la turba a la calle Real, casa habitación del ministro de Justicia.

— ¡Este viejo maldito, nos ha puesto dos años más de estudio!— gritaba Manuel.

— ¡Al diablo con el ministro!— respondían los estudiantes.

El ministro, más cauto que sus compañeros, había vaciado la casa; esto enfureció a los estudiantes, que volvieron a la plaza a insultar a las guardias.

Los soldados hicieron fuego; pero el general Díaz de la Vega mandó cerrar las puertas del palacio, y sólo así pudo contener el empuje del pueblo amotinado.

Frente a la casa del ministro de Justicia, también hubo otro lance entre los soldados del Activo de León y el pueblo.

Los soldados tuvieron que retirarse a sus cuarteles.

Toda la noche se pasó en la orgía del desorden, apedreando los edificios donde habitaban los personajes más prominentes de la dictadura.

Los estudiantes traían puestos los mantos azules y bordados de oro de los Caballeros de Guadalupe, lo que provocaba la rechifla popular.

Entró en calma aquel mar alborotado.

Los gritos se oían por intervalos.

El silencio se iba recobrando lentamente.

Se oían, a lo lejos, los ritmos melancólicos de la flauta de aquel ciego que vagaba entre todas las sombras.

VI

Todavía ayer atravesaba el dictador en su carroza dorada, con sus cuatro frisonas que herían el suelo con sus herraduras de plata, entre aquella multitud que lo contemplaba llena de espanto.

Sus húsares en tropel tras de la carroza, con los sables

relucientes, sus dormanes flotando, prendidos al hombro, y montados en caballos fogosos, cubiertos de espuma, escoltando a aquel hombre que decidía soberano de los destinos de México.

Sus cuerpos de la guardia, elegantes y disciplinados, paseando sus banderas frente al palacio, al son de los múltiples tambores y clarines.

El lujoso ejército con todo el orgullo irritante de la dictadura.

Las músicas roncadas de la caballería que se arrojaban como los genizaros sobre las masas populares, y el dictador preguntando a sus próceres y cortesanos: «¿Qué dice México de mis granaderos?»

Y todavía el recuerdo de los grandes saraos, donde lucían los diamantes de las damas, como luceros de las constelaciones.

Y aquella corte de generales llenos de condecoraciones, de diplomáticos bordados, de dignatarios, todos obedientes a una mirada, todos plegados a una sonrisa.

Y el influjo de aquel hombre en todo el territorio, temblando todos al oír su nombre, palpitando al esperar sus órdenes y arrodillados frente a su retrato y descubiertos en presencia de su efigie.

¡Y los hombres dignos, en el fondo de los calabozos o en el destierro!

¡Y todo aquel aparato deslumbrante y toda aquella grandeza convertida en cenizas esparcidas por el viento y arrojadas al olvido, en una sola hora, en un solo instante!

¡Sueños eternos de poderío y de grandeza, llevados al patíbulo de la deshonra!

¡Sangre vertida en los patibulos y en los campos de batalla para escribir la historia!

¡No quedaba como resto de aquel cuadro de óptica, más que las estatuas despedazadas y el anatema de un pueblo, que recogía de aquel mar de infortunios y desdichas, los nuevos gérmenes de sus libertades!

El incendio cundió en todas las ciudades y pueblos de la República, los mandarines huyeron espantados y la nación quedó toda envuelta en las oscuras sombras de la revolución.

Así cayó en los abismos de la historia la más terrible de las dictaduras.

CAPITULO II

AMORIOS Y CALAVERADAS

I

El señor Sebastián de Rentería era nativo de Santander, hombre honradísimo y de pocos alcances.